

hallaba en estado de pronunciar una palabra. Al verlo, la joven le tomó la mano, se la apretó, y le dijo entre risa y sollozos:

—Ricos, ricos, felices; tu Paulina es rica. Pero yo debería ser bien pobre hoy, porque he dicho mil veces que daría todos los tesoros de la tierra por poder decir estas dos palabras: “¡Me ama!” Rafael, tengo millones. A tí te gusta el lujo, pues quedarás satisfecho. Pero también debes amar un corazón: ¡hay tanto amor para tí en el mío! ¿No lo sabes? Mi padre ha vuelto: soy una rica heredera. Mi madre y él me dejan enteramente dueña de mi albedrío: soy libre, ¿comprendes lo que esto significa?

Rafael, presa de una especie de delirio, tenía entre las suyas las manos de Paulina y se las besaba tan ardiente, tan ávidamente, que su beso semejaba una especie de convulsión. Paulina desasó sus manos, las puso en los hombros de Rafael y le miró; ambos se comprendieron y se miraron con ese santo y delicioso fervor exento de toda idea preconcebida, en el que se encuentra estampado un solo beso, el primer beso por el cual dos almas toman posesión de sí mismas.

—¡Ah!—dijo Paulina volviéndose á sentar.—No quiero separarme más de tí. La verdad es que no sé cómo me vuelvo tan atrevida—añadió ruborizándose.

—¡Atrevimiento, Paulina! ¡Oh! No temas nada; eso es amor, amor verdadero, profundo, eterno como el mío, ¿no es verdad?

—¡Habla, habla! ¡Tu boca ha estado tanto tiempo callada para mí! . . . .

—¿Con que me amabas?

—¡Si te amaba! ¡Dios mío! ¡Cuántas veces he llora-

rado, aquí, limpiando tu cuarto, lamentando tu miseria y la mía! ¡Habría vendido mi alma al diablo con tal de ahorrarte un disgusto! Hoy, Rafael “mío,” porque eres mío, mía esa hermosa cabeza, mío tu corazón; ¡oh, sí, sobre todo tu corazón, eterna riqueza! Pues bien. . . . “¿qué iba yo diciendo?”—repuso después de una pausa.—¡Ah! ya lo sé. Tenemos, según creo, tres, cuatro, cinco millones. Si fuera pobre, quizás tendría empeño en llevar tu nombre, en llamarme tu esposa; pero en este momento, quisiera sacrificarte el mundo entero, quisiera ser todavía y siempre tu criada. Mira, Rafael, al ofrecerte mi corazón, mi persona, mi fortuna, hoy no podría darte más que el día en que puse ahí (y señaló el cajón de la mesa, cierta moneda de cinco francos. ¡Ay! ¡Cuánto daño me hizo entonces tu alegría!

—¿Por qué eres rica?—exclamó Rafael.—¿Por qué no tienes vanidad? De este modo no puedo hacer nada por tí.

Y se retorció las manos de alegría, de desesperación, de amor.

—Cuando seas la señora marquesa de Valentín, te conozco, alma celestial, ese título y mi fortuna no valdrán. . . .

—Ni un solo cabello tuyo—interrumpió Paulina.

—Yo también tengo millones; pero ¿qué significan ahora las riquezas para nosotros? Sin embargo, tengo mi vida, puedo ofrecértela tómalala.

—¡Oh! Tu amor, Rafael, tu amor es para mí el mundo entero. ¿Piensas en mí? Pues ya soy la más feliz de las mujeres felices.

—¿No podrán oírnos?

—No hay nadie—contestó Paulina haciendo una mueca picaresca.

—Pues bien, ven—dijo Valentín tendiéndole los brazos.

Paulina se sentó en sus rodillas y le echó los brazos al cuello.

—Abrazame en compensación de todos los disgustos que me has dado, para olvidar las penas que tus alegrías me han causado, en pago de todas las noches que he pasado pintando mis pantallas.

—¿Tus pantallas?

—Puesto que somos ricos puedo confesártelo todo. ¡Ah, criatura! ¡Qué fácil es engañar á los hombres de talento! ¿Acaso podías tener chalecos blancos y camisas lavadas y planchadas dos veces por semana, por tres francos que dabas al mes? Bebías doble leche de la que pagabas. Yo te suministraba una parte de lo que consumías, fuego, aceite y hasta dinero. ¡Oh Rafael mío! no me tomes por una mujer—añadó riendo, sino por una persona demasiado astuta.

—Pero ¿cómo te arreglabas?

—Trabajando hasta las dos de la mañana; daba á mi madre la mitad del precio de mis pantallas y guardaba la otra mitad para tí.

Ambos se miraron un rato, embebidos en su júbilo y en su amor.

—¡Ah!—exclamó Rafael,—algún día quizás paguemos esta ventura con algún pesar terrible.

—Acaso estás casado?—preguntó Paulina.—No quiero cederte á ninguna mujer.

—Estoy soltero, amada mía.

—¡Soltero, libre, mío!

Y juntando las manos miró á Rafael con beatífico ardor.

—Tengo miedo de perder el juicio. ¡Qué guapo eres!—repuso Paulina pasando una mano por los blondos cabellos de su amante. ¡Qué estúpida es tu condesa Fedora! ¡Qué satisfacción tuve aver al verme saludada por todos aquellos hombres! A ella jamás la han aplaudido. Has de saber, amado mío, que cuando toqué tu hombro con mi espalda, parecióme oír una voz que me decía: Aquí está. Me volví y te vi. Y si me marché fué porque sentía unos deseos rabiosos de abrazarte delante de todo el mundo.

—¡Qué feliz eres en poder expresarte así!—exclamó Rafael.—Yo tengo el corazón oprimido. Quisiera llorar y no puedo. No retires tu mano. Me parece que pasaría toda la vida mirándote así, feliz, contenta.

—¡Oh! Sigue, sigue hablándome así.

—¿Qué valen las palabras?—repuso Valentín dejando caer una ardorosa lágrima en la mano de Paulina.—Más adelante procuraré expresarte mi amor; en este momento únicamente puedo sentirlo....

—¡Oh! ¡Qué alma tan hermosa, qué gran genio! Ese corazón que tan bien conozco es enteramente mío, como yo soy tuya.

—Para siempre, mi dulce Paulina—dijo Rafael conmovido.—Serás mi mujer, mi ángel bueno. Tu presencia ha disipado siempre mis penas y refrescado mi alma; en este momento tu sonrisa angelical me ha purificado, por decirlo así. Creo que doy principio á una nueva vida. Ahora creo que mi pasado cruel y mis tristes locuras han sido terribles pesadillas. A tu lado soy puro, y siento el ambiente de tu felicidad. ¡Oh! Permanece

siempre aquí—añadió estrechándola santamente contra su corazón palpitante.

—Que venga la muerte cuando quiera—exclamó Paulina como extasiada:—¡ya he vivido!

¡Dichoso aquél que pueda adivinar sus goces, porque los habrá conocido!

—¡Oh Rafael mío!—dijo Paulina después de un rato de silencio; quisiera que en adelante no entrase nadie en esta querida buhardilla.

—Pues condenaremos la puerta, pondremos una reja en la claraboya y compraremos la casa—contestó el marqués.

—Eso, eso—dijo Paulina.—Y al poco rato añadió:—Pero nos hemos olvidado de buscar los manuscritos.

Y ambos se echaron á reir candorosamente.

—Se me da una biga de todas las ciencias—dijo Rafael.

—¡Hola, hola, señor mío! ¿Y la gloria?

—Tú eres mi única gloria.

—¡Qué desgraciado eras cuando hacías estos garabatos!—dijo Paulina hojeando los papeles.

—Paulina mía.

—Sí, soy tu Paulina, ¿y qué?

—¿Dónde vives?

—En la calle de San Lázaro, ¿y tú?

—En la de Varennes.

—¡Qué lejos viviremos uno de otro hasta que...!—Y se detuvo mirando á su amigo con aire coquetón y malicioso.

—Sólo estaremos separados quince días á lo sumo,—contestó Rafael.

—¿De veras? ¿Estaremos casados dentro de quince

días?—Y se puso á saltar como una chiquilla.—¡Oh!—repuso.—Soy una hija desnaturalizada: no pienso en mi padre, ni en mi madre ni en nada; y sin embargo, mi padre está bastante enfermo; ha vuelto de las Indias muy malo, y por poco se muere en el Havre, á donde fuimos á recibirle. ¡Ay Dios mío!—exclamó mirando su reloj; son ya las tres: he de estar en casa á las cuatro, cuando se levante de dormir la siesta. Soy la dueña de casa: mi madre hace cuanto quiero; mi padre me adora; pero yo no quiero abusar de su bondad, porque estaría mal hecho. Mi pobre padre fué el que me obligó á ir á los Italianos ayer. Irás á verle mañana, ¿verdad?

—¿La señora marquesa de Valentín quiere dispensarme el honor de aceptar mi brazo?

—Me voy á llevar la llave de este cuarto—dijo Paulina.—¿No es un palacio, nuestro tesoro?

—¿Me quieres dar otro beso?

—Y mil. Dios mío—dijo la joven mirando á Rafael—será siempre así? Me parece que estoy soñando.

Bajaron despacio la escalera; luego, muy juntitos andando al mismo paso, sintiendo igual dicha, arrullándose como dos palomas, llegaron á la plaza de la Sorbona, donde aguardaba el coche de Paulina.

—Quiero ir á tu casa—dijo ésta.—Quiero ver tu cuarto, tu despacho, y sentarme á la mesa en que trabajas, lo mismo que en otro tiempo—añadió ruborizándose.—José—dijo á un lacayo,—antes de volver á casa, voy á la calle de Varennes. Son las tres y cuarto, y he de estar de vuelta á las cuatro. Jorge arreará á los caballos.

Y los dos amantes fueron llevados en pocos momentos á casa de Valentín.

—¡Qué contenta estoy de haber examinado todo esto! —dijo Paulina arrugando la seda de los cortinajes de la cama de Rafael.—Cuando me duerma, estaré aquí con el pensamiento y me figuraré que tu querida cabeza descansa en esta almohada. Dime, Rafael, ¿no te has aconsejado de nadie para amueblar esta casa?

—De nadie.

—¿De veras? ¿No ha sido una mujer la que...?

—¡Paulina!

—Es que tengo unos celos furiosos. Tienes buen gusto. Mañana me compraré una cama igual á la tuya. Rafael, ebrio de felicidad, abrazó á Paulina.

—¡Ah, mi padre, mi padre! —dijo ésta.

—Voy á acompañarte, porque quiero estar á tu lado todo el tiempo posible.

—¡Qué amante eres! No me atrevía á proponértelo.

—¿Acaso no eres mi vida?

Sería enojoso consignar fielmente estas halagüeñas pláticas de amor á las que sólo daban valor el acento, la mirada, algún movimiento intraducible. Valentín acompañó á Paulina hasta su casa, y regresó con el corazón henchido de tanto placer cuanto el hombre puede sentir y soportar en la tierra. Cuando estuvo sentado en un sillón, junto á la chimenea, pensando en la repentina y completa realización de todas sus esperanzas, una idea fría le atravesó el alma como el acero de un puñal traspasa el pecho, miró la piel de zapa y vió que se había encogido ligeramente. Entonces soltó el gran juramento francés, sin añadirle las jesuísticas reticencias de la abadesa de las Andouillettes, apoyó la cabeza

en el respaldo del sillón y se quedó inmóvil, con los ojos fijos en una pátela, pero sin verla.

—¡Gran Dios! —exclamó.—Todos mis deseos, todos! ¡Pobre Paulina!

Tomó un compás y midió la cantidad de existencia que le había costado aquella mañana.—No tengo para des meses—dijo.

Un sudor frío, glacial, brotó de sus poros; de pronto obedeció á un inexplicable arrebató de rabia y cogió la piel de zapa, exclamando:—¡Qué animal soy!—Salió, atravesó los jardines y echó el talismán al fondo de un pozo, diciendo:—¡Adelante, y llévase el diablo todas estas tonterías!

Rafael se entregó por completo á la dicha de amar, y vivió corazón con corazón con su Paulina. Su casamiento, retrasado por dificultades cuya relación carece de interés, debía celebrarse á principios de Marzo. Se habian puesto á prueba, no dudaban de sí mismos, y como la ventura les había revelado todo el poder de su cariño, jamás se han unido dos almas, dos caracteres tan perfectamente como se unieron los suyos por la pasión; al estudiarse se amaron todavía más; por una y otra parte mediaba la misma delicadeza, igual pudor, idéntica voluptuosidad, la más dulce de todas las voluptuosidades, la de los ángeles; ninguna nube en su cielo; los deseos del uno eran ley para el otro. Siendo ambos ricos, no había caprichos que no pudieran satisfacer, y sin embargo, no los tenían. Un gusto exquisito, el sentimiento de lo bello, una verdadera poesía animaba el alma de la esposa; desdeñando las presecas que la riqueza proporciona, una sonrisa de su amigo le parecía más hermosa que todas las perlas de Or-

muz, y la muselina ó las flores constituían sus más preciadas galas. Además, Paulina y Rafael huían de la gente; ¡la soledad era para ellos tan bella, tan fecunda! Los ociosos veían todas las noches sin falta á aquel apuesto matrimonio de contrabando en el teatro de los Italianos ó en el de la Opera. Si en un principio la maledicencia se ocupó de ellos en los salones, poco después el torrente de acontecimientos que pasó por París hizo olvidar á los dos amantes inofensivos; en fin, y esto vino á servir de disculpa para con los mojigatos, estaba anunciado su casamiento, y por casualidad, sus criados eran discretos; por consecuencia, no hubo malevolencia demasiado enconada que acibarara su dicha.

A fines del mes de Febrero, época en la cual hubo algunos días lo bastante hermosos para poder figurarse que había llegado la primavera, Paulina y Rafael almorzaban una mañana en un pequeño invernadero, especie de salón lleno de flores, y situado al nivel del jardín. El dulce y pálido sol del invierno, cuyos rayos se quebraban al través de los arbustos, templaban entonces la temperatura. Alegaban la vista los vigorosos contrastes de los diversos follajes, los colores de las matas floridas y todos los juegos de luz y sombra. Cuando todo París se calentaba todavía ante las tristes chimeneas, los jóvenes esposos reían entre camelias, lilas y brezos. Sus alegres cabezas asomaban por encima de los narcisos, de los lirios y de las rosas de Bengala. En aquel invernadero, voluptuoso y rico, los pies descansaban en una estera africana teñida de varios colores como una alfombra. Las paredes cubiertas de enfi verde no tenían ni rastro de humedad. El mueblaje era de madera fosca en la apariencia, pero cuya corteza

brunida brillaba de limpieza. Un gatito, acurrucado en la mesa á la que lo había atraído el olor de la leche, dejaba que Paulina lo mojara de café; ésta jugaba con él, defendía la leche que apenas le permitía olfatear para apurar su paciencia y continuar la lucha, se echaba á reír á cada uno de sus gestos y decía mil tonterías para impedir que Rafael leyera el periódico, que se le había caído ya diez veces de la mano. Esta escena matinal rebosaba de dicha inexplicable como todo lo que es natural y verdadero. Rafael seguía fingiendo que leía su diario, y contemplaba á hurtadillas á Paulina entretenida con su gato, á Paulina vestida con un largo peinador blanco que le velaba imperfectamente, á su Paulina aún despeinada y enseñando un piececito blanco surcado de azuladas venas y metido en una chinela de terciopelo negro. Hechicera en aquel traje matutino, deliciosa como las fantásticas figuras de Westphal, parecía á la vez soltera y casada; quizás más soltera que casada, gozaba de una felicidad sin mezcla, y sólo conocía las primeras alegrías del amor. En el momento en que, absorto en su grata contemplación, Rafael había olvidado su diario, Paulina se lo quitó, lo arrugó, hizo de él una pelota, lo lanzó al jardín, y el gato corrió tras la pelotica que seguía dando vueltas por el suelo. Cuando Rafael, distraído por aquella escena pueril, quiso continuar leyendo, ó hizo ademán de levantar el diario que no tenía ya en la mano, sonaron risotadas francas, alegres, que renacían de sí mismas como los cantos de un pájaro.

Tengó celos de tu periódico—dijo secándose las lágrimas que su risa de criatura había hecho correr.— No es una felonía—repuso poniéndose formal de re-

pena—eso de leer proclamas rusas en mi presencia y preferir la prosa del emperador Nicolás á mis palabras y miradas de amor?

—No estaba leyendo, ángel mío, sino mirándote.

En esto resonó cerca del invernadero el pesado paso del jardinero, que con sus zapatos de gruesa y clavelada suela hacía crujir la arena del jardín.

—Perdóneme usted, señor marqués, si le interrumpo así como á la señora, pero le traigo una cosa curiosa, como no he visto otra. Hace poco, sacando agua del pozo con cubo, ha salido de él esta rara planta marina. Aquí la tiene usted. No debe, sin embargo, estar muy hecha al agua, porque no estaba mojada ni húmeda, sino seca como leña y nada sucia. Como el señor marqués sabe mucho más que yo, he pensado que debía traérsela, porque sin duda le interesará.

Y el jardinero enseñaba á Rafael la inexorable piel de zapa que ya no tenía sino seis pulgadas cuadradas de superficie.

—Gracias, Vaniere—dijo Rafael;—en efecto, es cosa muy curiosa.

—¿Qué tienes, Rafael? Te pones pálido—le dijo Paulina.

—Retírate, Vaniere.

—Tu voz me asusta—repuso la joven;—la tienes singularmente alterada. ¿Qué te pasa? ¿Qué sientes? ¿Te duele algo? Hay que llamar un médico. ¡Jonatás, corre!

—Calla, Paulina—contestó Rafael recobrando su sangre fría.—Vámonos de aquí; hay aquí cerca una flor cuyo olor me molesta; quizás sea esa verbena.

Paulina corrió al inocente arbusto, lo arrancó y lo arrojó al jardín.

—¡Ángel mío!—exclamó dando á Rafael un abrazo tan fuerte como su amor,—al ver que perdías el color, he comprendido que no te sobreviviría. Tu vida es mi vida, Rafael; pásame la mano por la espalda, y verás que aún siento en ella 'la muerté chiquita.' tengo escalofríos. Tus labios abrasan. ¿Y tu mano?..... ¡Helada!

—¡Ah locuela!—exclamó Rafael.

—¿Por qué esa lágrima?—dijo Paulina.—Deja que la beba.

—¡Oh Paulina, Paulina! Me amas demasiado.

—A tí te pasa algo extraordinario, Rafael! Dame la verdad; pronto sabré tu secreto. Dame eso, dijo cogiendo la piel de zapa.

—Eres mi verdugo—exclamó el joven lanzando una mirada de horror al talismán.

—¡Qué cambio de voz!—dijo Paulina dejando caer el fatal símbolo del destino.

—¿Me amas?—preguntó Rafael.

—¡Si te amo!... ¿Por qué me lo preguntas?

—Pues bien; ¡déjame solo, vete!

La pobre joven se marchó.

—¿Cómo!—dijo Rafael cuando estuvo solo.—En un siglo de luces en que hemos averiguado que los diamantes son cristales de carbono, en una época en que todo se explica, en que la policía entregaría un nuevo Mesías á los tribunales y sometería sus milagros al juicio de la Academia de Ciencias, en un tiempo en que ya no creemos más que en los signos de los notarios, ¿creería yo en una especie de "Mane, Thecel, Pha-

res?" ¡No, vive Dios! No puedo figurarme que el Eterno se complazca en atormentar á un hombre de bien. Vamos á consultar á los sabios.

Poco después llegó, entre el Mercado de vinos, inmensa colección de toneles, y la Salpetriere, inmenso seminario de borrachera, ante un estanque en el que se solazaba gran número de patos, notable por la rareza de las especies, y cuyos ondulantes colores, semejantes á los de los ventanales de una catedral, destellaban á los rayos del sol. Todos los patos del mundo estaban allí, graznando, chapuzándose y formando una asamblea reunida contra su gusto, mas por fortuna sin Cartesianos principios políticos, y viviendo sin frotsear con cazadores, á la vista de los naturalistas que los miraban por casualidad.

—Ahí está el señor Lavrille—dijo un llavero á Rafael, que había preguntado por aquel pontífice máximo de la zoología.

El marqués vió un hombrecillo profundamente embobado en eruditas meditaciones en presencia de dos patos. Aquel sabio, de edad madura, tenía una fisonomía apacible, suavizada aún más por su complaciente expresión; pero en toda su persona reinaba una preocupación científica; su peluca, rascada sin cesar y fantásticamente levantada, dejaba en descubierto una línea de canas y denotaba el furor de los descubrimientos que, semejante á todas las pasiones, nos abstraen de las cosas de este mundo tan poderosamente, que hasta perdemos la conciencia del "yo." Rafael, hombre de ciencia y de estudio, admiró á aquel naturalista que consagraba todas sus vigilias á la ampliación de los conocimientos humanos, cuyos errores mismos contri-

buían á la gloria de Francia; pero una damisela se habría reído sin duda de la solución de continuidad que había entre el pantalón y el chaleco rayado del sabio bien es verdad que este intersticio estaba castamente cubierto por una camisa que se había arrugado grandemente á fuerza de subir y bajar á medida de las observaciones zoogenésicas.

Después de las primeras frases de urbanidad, Rafael creyó necesario dirigir al señor Lavrille una lisonja trivial sobre sus patos.

—¡Oh! Tenemos una riqueza en patos—contestó el naturalista.—Verdad es que este género, como sabrá usted sin duda, es el más fecundo del orden de las palmípedas. Empieza en el "cisne" y acaba en el "pato zinzin," comprendiendo ciento treinta y siete variedades de individuos bien distintos, con sus nombres, sus costumbres, su patria, su fisonomía, y que se parecen tan poco entre sí como un blanco y un negro. La verdad es que cuando comemos un pato, las más de las veces ni siquiera sospechamos la extensión... —Se interrumpió al ver un patito muy mono que subía por el talud del estanque.—Mire usted ese cisne de corbata, pobre hijo del Canadá, hegado de bien lejos para enseñarnos su plumaje pardo y gris y su corbatita negra. Mire usted cómo se rasca. Ahí tiene usted el famoso ánade de plumón ó "eider," con cuyo edredón se abrigan en la cama nuestras elegantes; ¡qué bonito es! ¿Quién no admiraría ese vientre de color pardo rojizo y ese pico verde? Acabo de ser testigo de un apareamiento del que hasta ahora había desesperado. El himeneo se ha efectuado en las mejores condiciones y aguardaré con impaciencia el resultado. Me lisonjeo de

haber obtenido la ciento trigésimo octava especie á la cual quizás se dará mi nombre. He ahí los nuevos esposos—dijo mostrando dos patos.—Son, por una parte, el pato redondor “(anas albifrons)” y por otra el gran pato silbador “(anas ruffina” de Buffón.) He vacilado mucho tiempo entre el pato silbador, el de cejas blancas y el de escudo “(anas clypeata)” : ahí tiene usted el del escudo, ese picarón pardo negro de cuello verdoso y vistosamente irisado. Pero el pato silbador tenía méno, y por tanto comprenderá usted que no debía titubear más. Sólo nos falta aquí el pato variado de casquete negro. Los demás profesores están unánimes en pretender que este pato es sólo una variedad del pato cerceta de pieo corvo, pero yo... —E hizo un ademán admirable que denotaba á la vez el orgullo y la modestia de los sabios, orgullo lleno de terquedad, y modestia llena de suficiencia;—pero yo no lo creo. Ya ve usted, caballero, que aquí no nos distraemos. En este momento estoy escribiendo la monografía del género pato. Pero estoy á las órdenes de usted.

Y dirigiéndose á una linda casita de la calle de Buffón, Rafael sometió la piel de zapa al examen del señor Lavrille.

Conozco este producto—dijo el profesor después de examinar con la lente el talismán;—debe haber servido para forro de alguna caja. La piel es muy antigua. Hoy los talabarteros dan la preferencia á la lija. Sin duda sabrá usted que la lija es la piel de la “raja sephen,” pez del mar Rojo....

—Pero, puesto que tiene usted la bondad de...

—Esta—repuso el sabio—es otra cosa; entre la lija

y la zapa media toda la diferencia que existe entre el mar y la tierra, entre un pez y un cuadrúpedo. Sin embargo, la piel del pez es más dura que la del animal terrestre. Esta—añadió designando el talismán—es, como usted no ignora, una de las producciones más curiosas de la zoología.

—Veamos cómo—dijo Rafael.

—Caballero—dijo el profesor arrellanándose en su silla,—esta es una piel de asno.

—Ya lo sé.

—Hay en Persia—prosiguió el naturalista—un asno sumamente raro, el onagro de los antiguos, “equus asinus,” el “kulan” de los tártaros. Pallas fué á observarlo y lo ha dado á conocer. Ese animal había pasado largo tiempo por un ser fantástico; como usted no ignora, la Sagrada Escritura le dió celebridad; Moisés había prohibido aparearlo con sus congéneres. Pero el onagro se ha hecho aún más famoso por las prostituciones de que ha sido objeto, y de las que hablan á menudo los profetas bíblicos. Pallas, como sin duda sabe usted, declara en sus “Act. Petrop.” tomo II, que esos excesos extraños están aún religiosamente acreditados entre los nogais y los persas como un remedio soberano contra las dolencias de los riñones y la gota ciática. Nosotros, pobres parisicases, ni siquiera lo sospechamos. El Museo no cuenta con ningún onagro. ¡Y qué soberbio animal! Es muy misterioso: tiene el ojo provisto de una especie de tapiz reflector al que atribuyen los orientales el poder de la fascinación; su piel es bonita y más lisa que la de nuestros caballos más hermosos; está sureada de rayas más ó menos leonadas y se parece mucho á la de la cebra. Su pelaje es en cierto

modo suave, onduloso, graso al tacto; su vista tan buena y precisa como la del hombre; es algo mayor que nuestros asnos comunes y está dotado de un valor extraordinario. Si se le sorprende por casualidad, se defiende con notable superioridad de los animales más feroces; su marcha puede compararse por lo rápida con el vuelo de las aves; y un onagro reventaría en la carrera á los mejores caballos árabes ó persas. Según afirma el padre del concienzudo doctor Niebuhr, cuya reciente pérdida deploramos, el término medio del paso ordinario de estos admirables cuadrúpedos, es de siete mil pasos geométricos por hora. Al ver nuestros burros degenerados no es posible formarse una idea de lo que es ese asno independiente y arrogante. De porte ligero, animado, fisonomía graciosa, movimientos ariosos, es el rey zoológico del Oriente. Las supersticiones turcas y persas le atribuyen un origen misterioso, y allí el nombre de Salomón anda mezclado con los relatos que las gentes del Thibet y de la Tartaria hacen de las supuestas proezas de esos nobles animales. En fin, un onagro domesticado vale un capital; es casi imposible cogerle en las montañas, donde salta como un corzo y parece volar como un ave. La fábula de los caballos alados, de nuestro Pegaso, ha tenido sin duda origen en aquel país, donde los pastores han podido ver onagros saltando de roca en roca. A los asnos de silla, obtenidos en Persia por el cruzamiento de una burra con un onagro domesticado, se los pinta de encarnado, siguiendo una tradición inmemorial. Esta costumbre ha dado quizás lugar á nuestro proverbio: Malo como asno rojo. En una época en que la historia natural estaba muy descuidada en Francia, debió traer algún viajero uno

de esos curiosos animales que tan impacientemente soportan la esclavitud, y de aquí aquel refrán. Tampoco están contestes los pareceres del origen del nombre, pues mientras unos pretenden que "chagri" es palabra turca, otros suponen que "Chagri" es la ciudad donde esa piel se somete á un preparado químico bastante bien descrito por Pallas, y que le da el grano particular que admiramos en ella; el señor Martellens me ha escrito que "Chaagri" es un riachuelo.

—Caballero, le doy á usted mil gracias por haberme proporcionado estos informes que suministrarían una admirable nota á algún don Clamet, si hubiera benedictinos todavía; pero debo hacer observar que este fragmento era antes de un tamaño igual... al de ese mapa—dijo Rafael designando el de un atlas abierto.—y que hace tres meses se ha ido contrayendo ostensiblemente...

—Bien comprendo—contestó el sabio.—Eso consiste en que todos los despojos de los seres primitivamente organizados, están sujetos á una merma natural fácil de concebir y cuyos progresos dependen de las influencias atmosféricas. Los mismos metales se dilatan ó se contraen de un modo perceptible, porque los ingenieros han observado espacios bastante grandes entre piedras primitivamente unidas con barrotes de hierro. La ciencia es vasta y la vida humana muy corta. Por eso no debemos tener la pretensión de conocer todos los secretos de la naturaleza.

—Señor profesor—dijo Rafael algo confuso.—perdóneme usted que le haga una pregunta. ¿Está usted seguro de que esta piel está sometida á las leyes ordinarias de la zoología, y de que se la puede estirar?

—Ya lo creo—contestó Lavrille procurando estirarla.  
—Pero si quiere usted ir á ver á Planchette, el célebre profesor de mecánica, él le dará algún medio de reblan-  
decer y alargar esta piel.

—¡Gracias, caballero, gracias: me devuelve usted la vida!

Rafael se despidió del sabio naturalista y corrió á casa de Planchette, dejando al buen Lavrille en su gabinete, rodeado de bocalés y plantas secas. Sacaba de aquélla visita, sin saberlo, toda la ciencia humana, ¡una nomenclatura! Aquel buen hombre se parecía á Sancho Panza contando á Don Quijote el cuento de las cabras; se entretenía en contar los animales y en numerarlos. Llegado al borde de la tumba, apenas conocía una pequeña fracción de los inconmensurables números del gran rebaño arrojado por Dios en el océano de los mundos con un objeto ignorado. Rafael estaba contento.—Voy á llevar mi asno del ronzal, decía para sí.—Antes que él, Sterne había dicho: “Cuidemos de nuestro asno si queremos llegar á viejos.” ¡Pero el animal es tan fantástico!

Planchette era un hombre alto, enjuto de carnes, verdadero poeta perdido en una contemplación perpetua, ocupado siempre en mirar un abismo sin fondo, el “movimiento.” El vulgo moteja de locos á esos espíritus sublimes, personas no comprendidas que viven indiferentes al lujo y al mundo, pasan días enteros fumando un cigarro apagado ó se presentan en un salón sin haber aplicado siempre bien los botones de su levit á los respectivos ojales. Un día, después de medir largo tiempo el vacío ó de amontonar X bajo Aa—Gg, analizan alguna ley natural y descomponen el más simple

de los principios, y de pronto la gente admira una máquina nueva ó un carretón cuya fácil estructura nos asombra y nos confunde. Y el sabio modesto sonríe diciendo á sus admiradores:—¿Pero qué he creado? Nada. El hombre no inventa una fuerza, sino que la dirige, y la ciencia consiste en admirar á la naturaleza.

Rafael sorprendió al mecánico plantado sobre sus dos piernas, como un ajusticiado pende rígido de la horca. Planchette estaba examinando una bolita de ágata que rodaba por un cuadrante solar, aguardando que se detuviera. El pobre hombre no estaba condecorado ni pensionado porque no sabía dar importancia á sus cálculos. Satisfecho con vivir á caza de un descubrimiento, no pensaba en la gloria, ni en el mundo, ni en sí mismo, y vivía en la ciencia para la ciencia.

—¡Esto es indefinible!—exclamó.—¡Ah, caballero!—repuso al ver á Rafael,—servidor de usted. ¿Cómo sigue la mamá? Vaya usted á ver á mi esposa.

—Yo habría podido vivir así—pensó Rafael que sacó al sabio de su abstracción preguntándole el modo de estirar el talismán, que le presentó.—Aunque se ría usted de mi credulidad—añadió al terminar,—no le ocultaré nada. Creo que esta piel posee una fuerza de resistencia que nada puede vencer.

—Caballero—contestó el sabio,—la gente suele tratar de la Ciencia con sobrada ligereza, diciéndonos poco más ó menos lo que un “increyable” decía á Lalande llevándole unas señoras poco después de terminado un eclipse: “Tenga usted la bondad de repetirle.” ¿Qué efecto quiere usted producir? La Mecánica tiene por objeto aplicar las leyes del movimiento ó

neutralizarlas. En cuanto al movimiento en sí, le declaro á usted humildemente que somos impotentes para definirlo. Esto sentado, hemos observado algunos fenómenos constantes que regulan la acción de los sólidos y de los fluidos. Reproduciendo las causas generales de estos fenómenos, podemos transportar los cuerpos, transmitirles una fuerza de locomoción relacionada con determinada velocidad, lanzarlos, dividirlos simplemente ó hasta lo infinito, ya los rompamos ó los pulvericemos; además, retorcerlos, imprimirles una rotación, modificarlos, comprimirlos, dilatarlos, estirarlos. Esta ciencia, caballero, se basa sobre un solo hecho. ¿Ve usted esta bolá? Está aquí, sobre esta piedra. Pues ahora mírela usted allí. ¿Qué nombre daremos á este acto tan físicamente natural y tan moralmente extraordinario? ¿Movimiento, locomoción, cambio de lugar? ¿Qué inmensa vanidad se oculta tras las palabras! ¿Un nombre es acaso una solución? Y sin embargo, en eso consiste toda la ciencia. Nuestras máquinas emplean ó descomponen ese acto, ese hecho. Ese ligero fenómeno, adaptado á masas, es capaz de volar á París. Podemos aumentar la velocidad á expensas de la fuerza, y la fuerza á expensas de la velocidad. Y ¿qué son la fuerza y la velocidad? Nuestra ciencia no puede decirlo, como tampoco puede crear el movimiento. Cualquier movimiento, sea el que fuere, es un inmenso poder, y el hombre no inventa poderes. El poder es uno, como el movimiento, la esencia misma del poder. Todo es movimiento; el pensamiento lo es, y la naturaleza está establecida en él. La muerte es un movimiento cuyos fines casi no conocemos. Si Dios es eterno, crea usted que está siempre en movimiento; tal vez Dios sea el

movimiento mismo. He aquí por qué éste es tan inexplicable como Dios, y lo propio que él, profundo, sin límites, incomprensible, intangible. ¿Quién ha tocado, comprendido, medido el movimiento? Sentimos sus efectos sin verlos, y hasta podemos negarlos como negamos á Dios. ¿Dónde está? ¿Dónde no está? ¿De dónde emana? ¿Dónde está su principio? ¿Dónde su fin? Nos envuelve, nos comprime y se nos escapa. Es evidente, como un hecho, obscuro como una abstracción, efecto y causa al mismo tiempo. Necesita como nosotros el espacio; y ¿qué es el espacio? Tan sólo el movimiento nos lo revela; sin él no es más que una palabra vacía de sentido. Problema insoluble, semejante al vacío, semejante á la creación, el movimiento confunde la mente humana, y todo cuanto le está permitido concebir al hombre, es que no lo concebirá jamás. Entre cada uno de los puntos ocupados sucesivamente por esta bolita hay un abismo para la razón humana, abismo en el que ha caído Pascal. Para actuar sobre la substancia desconocida, que quiere usted someter á una fuerza desconocida, ante todo debemos estudiar esa substancia; según su naturaleza, ó se romperá por efecto de un choque, ó resistirá á él; si se divide, y no tenga usted la intención de hacerla trozos, no conseguiremos el objeto apetecido. ¿Quiere usted comprimirla? Pues hay que transmitir un movimiento igual á todas las partes de la substancia, de modo que disminuya uniformemente el intervalo que las separa. ¿Desea usted estirla? Pues habremos de procurar imprimir á cada molécula una fuerza excéntrica igual; porque, sin la observación exacta de esta ley, produciríamos soluciones de continuidad. Caballero, en el movimiento hay

modos infinitos, combinaciones sin límites. ¿Por qué efectos se decide usted?

—Lo que yo deseo—contestó Rafael impaciente ya,—es una fuerza cualquiera, pero bastante enérgica para estirar indefinidamente esa piel....

—Siendo finita la substancia, no puede ser distendida indefinidamente—respondió el matemático;—pero la compresión multiplicará necesariamente la extensión de su superficie á expensas de su espesor; se adelgazará hasta que falte la materia....

—Pues consiga usted ese resultado y ganará millones—dijo Rafael.

—Le robaría á usted el dinero—contestó el profesor con la flema de un holandés.—Voy á demostrarle á usted la existencia de una máquina bajo la cual el mismo Dios quedaría aplastado como una mosca; máquina capaz de reducir á un hombre al estado de papel de fumar, aunque llevara botas, espuelas, sombrero, alhajas, todo....

—¡Qué máquina tan horrible!

Los chicos deberían utilizarla así en lugar de arrojarse sus hijos al agua—dijo el sabio sin pensar en el respeto que debe inspirar al hombre su progenie.

Embebido en su idea, Planchette cogió una maceta vacía, agujereada en el fondo, y la puso sobre la baldosa del gnomon, y en seguida fué á buscar al jardín un poco de greda. Rafael se quedó tan atento como eriafura á quien su nodriza refiere un cuento maravilloso. Después de poner la greda en la baldosa, Planchette se sacó del bolsillo una podadera, cortó dos ramitas de saúco, y las empezó á vaciar, sillando como si Rafael no estuviese allí.

—He aquí los elementos de la máquina—dijo.

Sujetó con una pequeña porción de greda uno de esos tubos de madera al fondo de la maceta, de modo que el orificio del saúco se adaptara al agujero de aquella. Parecía una enorme pipa. Extendió sobre la baldosa una capa de greda dándole la forma de una pala, puso la maceta en la parte más ancha, y sujetó la rama de saúco en la porción que figuraba el mango. Por último, adhirió otra pella de greda á la extremidad de la rama de saúco, plantó en ella la otra rama hueca muy recta, practicando otro codo para unirle á la rama horizontal, de suerte que el aire ó un fluido ambiente dado, pudiera circular por aquella máquina improvisada y correr desde la embocadura del tubo vertical, á través del canal intermedio, hasta la gran maceta vacía.

—Caballero—dijo á Rafael con toda la seriedad de un académico que pronuncia su discurso de recepción.—este aparato es uno de los más hermosos títulos del gran Pascal para vuestra admiración.

—Pues no lo entiendo.

El sabio se sonrió: fué á descolgar de un árbol frutal uno botellita, la cual contenía un líquido para coger hormigas que su farmacéutico le había enviado, rompió el gollete y lo adaptó cuidadosamente á modo de embudo al orificio de la rama hueca que había plantado verticalmente en la greda, en oposición al gran depósito figurado por la maceta, y luego echó en él con una regadera el agua necesaria para que resultara por igual borde con borde en la maceta y en la pequeña embocadura circular del saúco. Rafael sólo pensaba en su piel de zapa.

—Caballero—dijo el mecánico,—el agua pasa todavía por ser un cuerpo incomprensible; tenga usted en cuenta este principio fundamental; sin embargo, se comprime, pero tan levemente, que debemos suponer su facultad contráctil igual á cero. ¿Ve usted la superficie que presenta el agua llegada al borde de la maceta?

—Sí, señor.

—Pues bien, suponga usted que esta superficie es mil veces más dilatada que el orificio del tubo de saúco por el cual he echado el líquido. Mire usted, retiró el embudo.

—Conforme.

—Ahora bien, si por un medio cualquiera aumento el volumen de esta masa introduciendo más agua por el orificio del tubo, el fluido, obligado á bajar por él, subirá en el depósito figurado por la maceta hasta que el líquido llegue al mismo nivel en uno y en otro.....

—Es evidente—dijo Rafael.

—Pero hay una diferencia, y es que la delgada columna de agua añadida al tubito vertical presenta en él una diferencia igual en peso á una libra, por ejemplo, y como su acción se transmitirá fielmente á la masa líquida y ejercerá una reacción en todos los puntos de la superficie que presenta en la maceta, resultarán allí mil columnas de agua que, propendiendo á elevarse como si las empujara una fuerza igual á la que hace bajar el líquido en el palo de saúco vertical, producirán necesariamente aquí—y señaló el agujero de la maceta—una potencia mil veces mayor que la potencia introducida allí.

Y el sabio indicaba con el dedo al marqués el tubo de madera plantado verticalmente en la greda.

—Eso es muy sencillo—dijo Rafael.

Planchette se sonrió.

—En otros términos—repuso con esa tenacidad de lógica natural en los matemáticos,—para rechazar la irrupción del agua se necesitaría desarrollar en cada parte de la superficie mayor una fuerza igual á la que actuaba en el tubo vertical, pero con la diferencia de que si la columna líquida tiene en éste un pie de altura, las mil columnas pequeñas de la superficie mayor sólo serán de escasa elevación. Ahora—dijo Planchette dando un capirotazo á los palillos de saúco—reemplacemos este grotesco aparato con tubos metálicos de fuerza y dimensión convenientes; si cubre usted con una gran platina movable la superficie fluida del gran recipiente y opone usted á esa platina otra de resistencia y solidez á toda prueba, y si además me concede usted la facultad de poder añadir de continuo agua por el pequeño tubo vertical á la masa líquida, el objeto, cogido entre dos planos sólidos, debe ceder por fuerza á la inmensa acción que le comprime indefinidamente. El medio de introducir constantemente agua por el tubo es una fruslería en mecánica, así como el de transmitir la potencia de la masa líquida á una platina. Bastan para ello unas válvulas y dos émbolos. Por consiguiente, amigo mío, comprende usted que apenas hay substancia que, puesta entre esas dos resistencias indefinidas, no esté forzada á dilatarse.

—¡Cómo! El autor de las "Cartas provinciales" ha inventado.....—dijo Rafael.

—El sólo, sí, señor. La Mecánica no conoce nada más